

Recados para Porfirio Díaz

El general sí tiene quien le escriba

Verónica González Laporte

La tumba del general Porfirio Díaz Mori en París se ha convertido en lugar de peregrinaje laico, sobre todo conforme se acercaba el centenario de su fallecimiento. Decenas de personas de los más disímbolos linajes han acudido para dejarle notas con mensajes tanto laudatorios como insultantes, y algunos hasta le han pedido abogue desde el más allá por la salvación de México.

París, julio de 2015.

No hay un alma esta mañana en el cementerio de Montparnasse. Ni un alma de vivo, ni una de muerto. Las gotas de una lluvia fina se clavan en mis pestañas como agujas hipodérmicas. ¡París! Ciudad eterna de piedra pálida y hatos de luz, en donde lo mismo se habla ruso que portugués, lo mismo se reza mirando hacia la Meca que hacia el Moulin Rouge. La capital más visitada del mundo —unos 200 millones de turistas se han subido a la Torre Eiffel desde su construcción— es capaz de empobrecer al príncipe árabe más afortunado, o de convertir en perdulario a un monje de clausura. En el metro Barbès-Rochechouart se puede uno cruzar con un sacerdote ortodoxo griego igual que con un joven de barba tupida, medias de red y tacones rojos. A París se le perdona casi todo. Ya lo dijo el rey Enrique IV, en 1593, cuando renegó de su fe protestante

para convertirse al catolicismo: “París bien vale una misa”. Sin suéter ni impermeable y con la faldita cachondeando al viento, yo le perdono un frío digno de un otoño malhumorado.

Esperaba encontrar el clima que halló Juan Preciado cuando llegó a Comala, “ese tiempo de canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente envenenado por el olor podrido de las saponarias”. Ese calor descrito por Juan Rulfo en *Pedro Páramo* que hace que los muertos regresen del infierno por su cobija. Pero desde mi llegada sólo me ha cobijado un cielo gris. A la entrada del cementerio le pregunto al guardia dónde descansa el general: “Porfirio Díaz, *s’il vous plaît*”. Me responde con la seguridad de la costumbre: preguntar por él aquí es como averiguar el paradero de Jim Morrison en el cementerio del Père-Lachaise. La tumba del que fuera presidente de México durante más de tres décadas se halla entre



Tumba de Porfirio Díaz en el cementerio del Père Lachaise, París

las más visitadas, junto con las de Charles Baudelaire, Camille Saint-Saëns, Julio Cortázar, Samuel Beckett, Guy de Maupassant, o el más recientemente acogido, Carlos Fuentes.

Hay muertos que no mueren nunca. La sencilla lápida de piedra clara de Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre me lo confirma. Está cubierta de besos. Besos de bocas abiertas, bocas cerradas. Mariposas rojas y rosas revoloteando alrededor de su memoria. A los filósofos y escritores no se les recuerda por sus pleitos épicos sino por su perennidad en la literatura francesa.

No llevo prisa. Me pierdo entre las cruces, las estelas marcadas con una estrella de David, los ángeles esculpidos y las estatuas de plañideras. Nadie me sigue, sólo me preceden un par de cuervos interesados en mi bolsa, como patos de estanque al acecho de un cacho de pan. “Duermes en paz, hija mía, y tu madre ha perdido el sueño para siempre”, leo en la tumba de una jovencita. Al fin me siento en una banca de madera de la avenida del Oeste, en la 14ª división, como si no hubiera venido explícitamente a eso, frente a la sencilla cripta neogótica, modelo tan en boga a finales del siglo XIX y a principios del XX. Estrecha capilla de medidas

estándar, nada ostentosa, adquirida por doña Carmelita Romero Rubio, a perpetuidad, en el segundo cementerio más importante de París.

En el Monte Parnaso, desde que los límites de la ciudad fueron fijados por el rey Luis XIV a la altura del actual bulevar Montparnasse, solían celebrarse fiestas campestres. En ese vasto terreno, propiedad de los Hermanos de la Caridad antes de la Revolución, se inauguró el cementerio del sur en 1824. A lo largo de los años se crearon parcelas especiales para inhumar ahí a judíos, protestantes, inválidos de guerra o ejecutados. Hoy los muros de los solares han desaparecido y lo mismo se hallan tumbas católicas que musulmanas, unas al lado de las otras.

Hay un millar de árboles de cuarenta especies diferentes —esencialmente coníferas, tilos, maples, fresnos— en las diecinueve hectáreas de la necrópolis. Centenares de árboles y ninguno es saponaria y ninguno habrá de resguardarme de la lluvia. Las ramas de una haya cubren en parte el escudo nacional y su nombre en bronce. Un águila devora una serpiente detrás de ese árbol creciendo tan cerca de su tumba...

Al pie de las puertas de hierro forjado, de cristales opacados por el tiempo, una botella de cerveza Corona alberga un par de rosas marchitas. Hace unos días, el 2 de julio, se conmemoraron los cien años del fallecimiento del presidente; sus descendientes mandaron ponerle una corona de flores y varios arreglos. En la puerta de la cripta un cartel rezaba: “Don Porfirio: Gracias por todo lo que hiciste por México. Mexicanos agradecidos. Julio 2015”, decorado con dos listones entrelazados, con los colores mexicanos y franceses. Fue apenas hace unos días pero el jardinero ya lo había quitado todo.

BUENO O MALO... EN TODO CASO IMPRESCINDIBLE

Antes de ir al cementerio acudí a la agencia funeraria que se encarga del mantenimiento de la sepultura del general, en la avenida Edgar Quinet. Se agitó la campanilla de la puerta. Entré de puntitas para no despertar a las incontables flores blancas que pululaban en el establecimiento. Ningún riesgo, eran falsas. En medio de ese extraño jardín, me recibió un agente. A pesar de mi insistencia, se negó a prestarme la llave. Tiene órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie a la cripta —otros lo han intentado antes—, y de recoger los recados que se le dejen a don Porfirio Díaz. Deben de ser muchos, me empeñé. “Muchos, mire usted”. Me abrió la puerta de un armario: en la repisa descansaba una caja grande de cartón rebosante de papelititos, coronada con una bandera tricolor. De un portazo el agente intentó aplacar mi curiosidad. “Ese caballero debe de ser alguien muy importante en su país, como para que vengan a verlo

después de tanto tiempo, eso sí se lo puedo decir. Llevo veinticinco años trabajando aquí y siempre he visto su tumba floreada. Aunque también hay otros que no lo quieren... Verá, suscita pasiones. Ha habido incidentes. Comprenda usted, yo quisiera darle gusto pero se trata de una medida de seguridad. En algún momento su tumba fue violentada y ese es un riesgo que no podemos correr. Por eso cambiamos la cerradura y ya no permitimos el acceso”.

Recordé una conversación con mi padre, en una sobremesa de domingo. Entonces me contó que más de un compatriota ha acudido a orinarse sobre un muro de la sepultura del presidente. Mientras el agente hablaba tuve otras reminiscencias. Un joven mexicano apagó de esta forma la llama eterna del soldado desconocido del Arco del Triunfo durante el Mundial de Fútbol en 1998, llama encendida en 1921 en honor a los caídos en combate no identificados. Fue necesaria una ceremonia en presencia de los veteranos de guerra y de la embajadora de México para volver a encenderla, después de una tensa negociación diplomática. La talentosa Antonieta Rivas Mercado se suicidó en Notre Dame, en 1931, con la pistola de José Vasconcelos, y el arzobispo tuvo que consagrar de nuevo la catedral. El agente de la funeraria tiene algo de razón: somos apasionados los mexicanos.

A través de los cristales de la capilla del presidente observo cuanto puedo. Rosas de cerámica en sus macetas sostienen una bandera mexicana que recubre el pequeño altar. Una placa de mármol lleva su nombre “Porfirio Díaz, 15 de septiembre 1830-2 de julio 1915”. Al pie de la insignia hay varias imágenes de la Virgen de Guadalupe, dos de la Virgen de la Soledad, una virgen de barro negro de Oaxaca ya sin cabeza y varias placas más: “Un digno reconocimiento, con respeto y admiración. General Porfirio Díaz Mori, defensor de la patria, héroe de mil batallas, ilustre progresista que llevó a México a la modernidad”, “Don Porfirio, México lo quiere, lo admira y lo respeta”. En el piso hay tres billetes de veinte pesos, algunas monedas de cinco pesos, una bolsa con tierra (tal vez de Oaxaca) y notas: “ojalá algún presidente nos devolviera al Gral. Porfirio Díaz Mori”. Flores de seda, flores marchitas, flores frescas, veladoras, piedras y notas: “General: México lo espera”. Banderas, tarjetas postales, estampitas con oraciones, boletos de entrada a los museos y notas: “Para un héroe incansable, reciba mi general, mi cariño y admiración”. Ramilletes de lavanda...

Morirse implica vivir un tiempo distinto del ordinario, un tiempo suspendido, peligroso. Requiere de ciertas precauciones, como lo explica el etnólogo Arnold van Gennep, cuando el peligro es cambiar el orden establecido y no volver a él, perderse el camino. Entonces sólo el rito nos salva. Entre los pueblos mesoamericanos,

la muerte no era la negación de la vida, sino su parte complementaria. Se tenía la creencia de que las almas de los muertos se iban al Mictlán, y era deber de los vivos ayudarlas a cruzar el umbral. Para alcanzar con éxito el inframundo se proveía a los muertos de herramientas y amuletos, bajo la forma de ofrendas sepultadas con ellos: urnas, vasijas, joyas, conchas, entre muchas otras. El viaje hasta el Mictlán era largo, había que atravesar varios páramos, tierras azotadas por vientos gélidos, ríos de aguas turbulentas. Un xoloitzcuintle, un perro de piel infantil, podía serle útil al difunto para cruzar estos ríos a nado, por lo que a menudo era sacrificado y enterrado con su dueño, o bien era representado en barro.

En el calendario ritual náhuatl existían festejos dedicados a los muertos, niños y adultos, que vinieron a yuxtaponerse a la celebración católica de Todos los Santos del calendario gregoriano. En el mes de noviembre, en México, se espera que las ánimas —donde quiera que se hallen— vuelvan a la Tierra a convivir con los vivos. Mientras persista el recuerdo del difunto, el alma ha de regresar por un camino de luz, marcado con pétalos de flores de



Porfirio Díaz en el Castillo de Chapultepec, 1900

© Simba-Camachua/INAH / Manuel Ramos

PARIS 09/09/2004. 51
QUERIDO DON PORFIRIO,
MÉXICO NECESITA Y
EXTRAÑA EL "ORDEN".
SE LE RECUERDA
CON RESPETO Y
ADMIRACIÓN.
QUE DIOS LO
TENGA EN SU
GLORIA.
JERONIMO POA.
PEREZ.

24 SEPTIEMBRE DE 2003 239
DON PORFIRIO
DEBERIA ESTAR
EN MEXICO PARA
QUE TODOS TE
PODAMOS VISITAR
CARLOS, MARCOS
Y ZULMA
DE HERMOSILLO, SON
MEXICO

cempazúchil hasta el altar. Los muertos, que llevan en el más allá su propia vida —comen, bailan, conversan—, son dignos de ser recordados, visitados, invocados.

A Jean-Paul Sartre le dejan besos. Al cantante Serge Gainsbourg, sepultado no lejos de aquí, le dejan colillas de cigarros y boletos de metro, por una de sus canciones más populares *"le poinçonneur des Lilas"*, dedicada a los agentes del metro que, años hace, solían hacerle un agujerito al boleto para cerciorarse de que el usuario no se había brincado los torniquetes. Al general mexicano le dejan recaditos, en particular los 2 de julio, en su aniversario, y el 2 de noviembre. Me pregunto cómo le hacen estos modernos peregrinos, huerfanos de reliquias, sin huesos que poner en terciopelo y en una vitrina, para hacerlos pasar a través del fino quicio de la puerta.

Al fin escampa y algunos visitantes se aventuran a cruzar las pesadas puertas del cementerio. Como no me he movido de mi banca en las últimas dos horas, un grupo de estadounidenses me pregunta con naturalidad qué hace un presidente de México enterrado en París. ¿Desterrado? No es el único, agregó, hay otros dos inhumados en el Père-Lachaise. Juan Bautista Ceballos, un liberal moderado, que fungió como presidente interino entre enero y febrero de 1853. Y Juan Nepomuceno Almonte, hijo natural de José María Morelos y Pavón, monarquista aguerrido que, si bien no fue presidente, tuvo a su cargo la regencia imperial, entre 1863 y 1864, mientras el archiduque Maximiliano se embarcaba en Miramar para gobernar lo que él consideraba su nuevo imperio.

PORFIRISTAS DE CLÓSET

Más tarde llegan algunos mexicanos. Se toman fotos delante de la cripta pero ninguno quiere admitir que vino a verlo, y ninguno le escribe. "Me llamaron la atención los árboles, pensé que era un parque y entré", me dice uno. "Sí, ya sé que está aquí pero no vine sólo a verlo a él, hay mucho más que ver", me responde otro con cierta suspicacia. "¿Pus no que ya lo habían regresado?", agrega una tercera.

Me pregunto a qué vienen. A rendirle homenaje sería la primera respuesta, a dejarle amuletos, ofrendas, para que la vida "en donde se halle" le sea más dulce. Acaso tienen algo de nostalgia, y sin duda mucha esperanza de ver cambios en México. Ah, los tiempos de don Porfirio... Aquellos en los que se buscaba preservar la paz social a cualquier costo, cuando el país crecía a pasos acelerados, y se privilegiaba un desarrollo económico e industrial sin precedentes —construcción de ferrocarriles, inversión extranjera, urbanismo—. Pero también un régimen autoritario que habría de culminar en la primera gran revolución del siglo xx. Un lar-

guísimo gobierno, con sus logros y fracasos, que ya no podemos ni debemos ignorar.

¿Pero qué piensan los mexicanos del héroe que luchó contra la Intervención Francesa y que gobernó la nación entre 1876 y 1911? Es fácil dialogar con un fantasma. Su incapacidad de respondernos nos deja en plena libertad de expresarle lo que realmente sentimos.

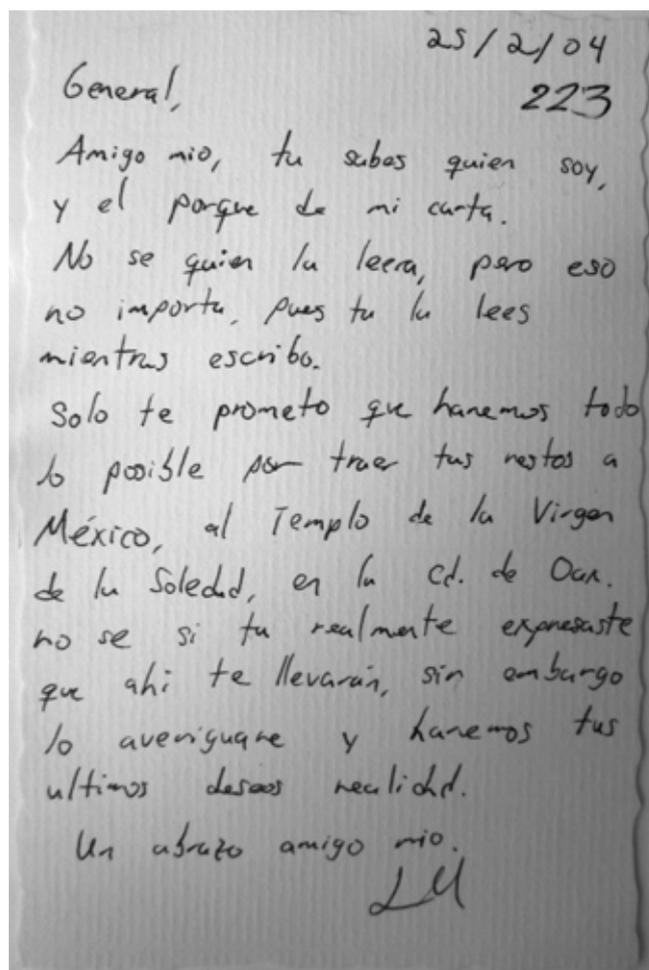
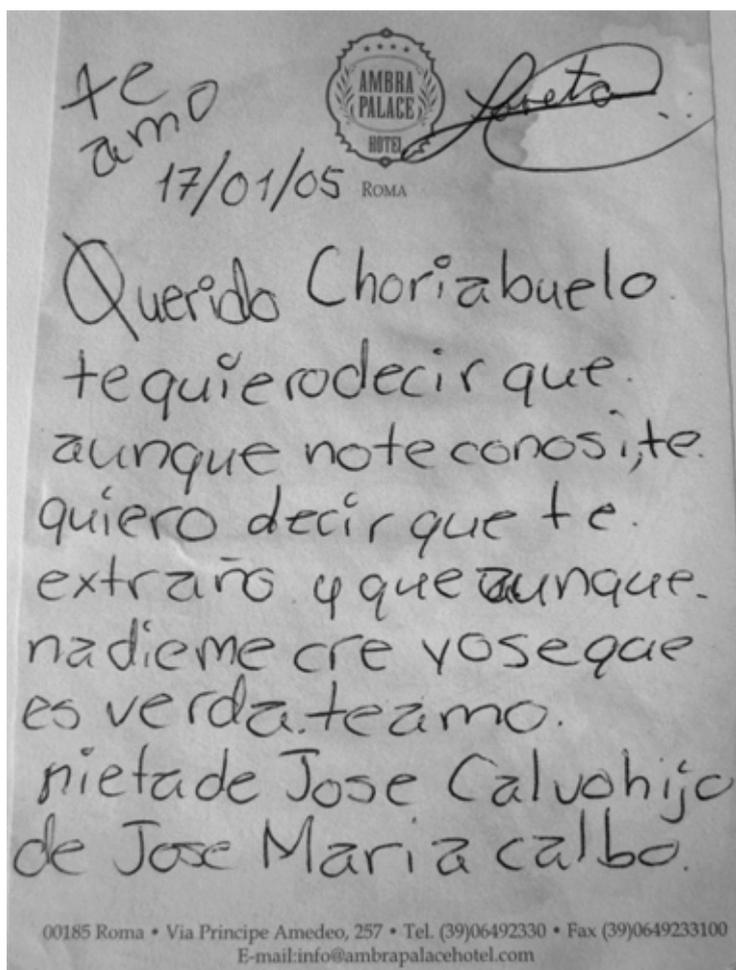
Días antes de salir de México tuve una interesante conversación con una bisnieta de don Porfirio Díaz. María Eugenia Díaz de Pfennich, quien fuera secretaria ejecutiva del Instituto Nacional de las Mujeres y presidenta de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC), puso en mis manos un material excepcional. Por cuestiones laborales a menudo viajaba a París y aprovechaba sus estancias para visitar a su bisabuelo, limpiar la tumba y recuperar lo que en ella dejaban nuestros paisanos. Entre 1996 y 2006 María Eugenia recogió centenares de mensajes. Con la ayuda de su esposo, los ordenó meticulosamente en una carpeta que, con justa razón, ella llama su “tesoro”. Fueron muchas las visitas a la cripta, en todas las estaciones. La gama de mensajes es tan amplia que al matrimonio Pfennich le fue posible numerarlos y catalogarlos por temas, de las manifestaciones de admiración y respeto, a los mensajes adversos. De las 267 notas recuperadas, aproximadamente la mitad indica el origen de los visitantes. Se distinguen un total de 23 estados de la República me-

xicana, aunque la mayoría proviene, en primer lugar, de la Ciudad de México y, en segundo, de Oaxaca. Muchos han dejado sus tarjetas, gracias a las cuales se percibe una gran variedad de profesiones: vendedores, pintores de brocha gorda, abogados, médicos, dentistas, anticuarios, entrenadores deportivos, historiadores, investigadores, biólogos, escultores, escritores, empresarios, gerentes de hotel, de tiendas o de restaurantes, arquitectos, contadores, notarios, cronistas, pilotos de avión, locutores, estudiantes, cocineros. Sorprenden aquellos que nunca confesarían en público su admiración por don Porfirio: diplomáticos en servicio en Europa, diputados, senadores, militares. Se cuentan también mensajes de niños y, por supuesto, de varios de los descendientes del presidente.

MÉXICO TE QUIERE, TE RESPETA

Estos singulares peregrinos además de sus tarjetas de presentación, dejan sus percepciones. “¡Le ganaste a los franchutes mi general!”; “Don Porfirio, México lo admira y lo respeta”; “Hoy cumplo con la ilusión de visitarlo en su tumba”; “A Porfirio Díaz Mori en gratitud y admiración, siempre vivo, siempre con México”.

Hay quienes introducen por el quicio de la puerta sus pasaportes vencidos —sus fotos “de frente y con las



21 / Enero / 1995
Vine de México
Con todo cariño
y admiración para
papá grande,
Ma. Eugenia Díaz

orejas despejadas”, como nos lo indican los fotógrafos cada vez que debemos retratarnos para algún trámite—. María Eugenia también recolectó dibujos infantiles, croquis a lápiz, tarjetas de estudiantes de universidad y de preparatoria, tarjetas de biblioteca, billetes azules de veinte pesos con la efigie, no lo olvidemos, de Benito Juárez, que lo mismo dicen “traicionaste a Juárez y a México” que “Viva Porfirio Díaz, México te espera”. Boletos del Metro francés (“yo creo en ti”), boletos del Metro mexicano con los nombres de los usuarios o de una familia entera. Hay asimismo estampas con imágenes de santos, con oraciones al Señor del Rayo en Oaxaca o al divino Señor de Ayuxi de Santo Domingo, Yanhuitlán, aunque sin duda la Virgen de Guadalupe es la más popular. A ella le encomiendan el alma de don Porfirio en primer lugar, a la madre preferida de los mexicanos. “Aquí estuvo la familia López de Mérida, Yucatán, enero 2005. P.D. Lástima que José Ramón no pudo venir”; “Usted sigue vivo, este árbol que se nutre de su fortaleza mexicana al pie de su lecho da cuenta de ello, no por el error que haya cometido, sino por el instante de gloria que nos regaló ante los que hoy lo guardan. He cumplido la cita. Lo dejo al cuidado de este gigante de acero y cristal que vigila su sueño. Adiós mi general. A. Gómez”.

Escribirle, tutearlo, insultarlo incluso, es quitarle algo de su sacralidad, es apropiárselo. Es desprenderlo de los libros de texto para seguirlo responsabilizando de la suerte del país. Sin empacho, lo mismo se le manda al cielo, al purgatorio o al infierno. Si los mexicanos siguen acudiendo a él cien años después es porque no han hallado las respuestas para construir un ideal de nación. Ruegue por nosotros, don Porfirio, sáquenos del atolladero al que nos

ha condenado una ristra de gobiernos corruptos. Vuelva para resolver lo que no hemos sido capaces de resolver desde que usted se embarcó en el Ypiranga. “México es conocido en el mundo por su violencia, secuestros, las muertas de Juárez. No existe crecimiento económico, hay desempleo, salarios malpagados y poca seguridad social. ¿Cuándo tendremos *orden y progreso*? Jorge”.

Notas escritas en volandas, en un papel arrancado a un cuadernillo de hotel, en el mapa del cementerio o en una ficha de archivero, son dedicadas a un héroe desprovisto de estatua de bronce en una plaza pública y poseedor de apenas algunas calles con su nombre. En los recibos de tiendas departamentales se leen decenas de veces la palabra “gracias”, “te queremos” y “te respetamos”, “Hola mi General Don Porfirio Díaz estoy aquí al igual que tú, lejos de nuestra patria y es extraño el sentimiento. Mi viejo te admiraba mucho, piensa que hiciste cosas importantes para nuestro país y yo creo lo mismo. En nombre de él y mío con admiración y respeto te dejo esta nota recordando el día en que estuve aquí en París. ¡Viva México! Ledesma”; “Don Porfirio, por desgracia hay muchos miserables ciegos en nuestro país. Pero también personas que lo admiramos y valoramos su inmenso amor a México que usted, tan atinadamente, gobernó. No en el país priista, ratero y miserable que nos han dejado. Muchas gracias por su amor a México”. Todos estos mensajes enaltecen la labor patriótica del presidente; sus autores esperan el reconocimiento oficial de su labor y de su importancia histórica. “Al mexicano de Oaxaca que defendió a la patria y la impulsó al modernismo, de un oaxaqueño. Ángel. Octubre 2003”; “Gracias por todo lo que hiciste por

México, descansa en paz. Una patria que llora tu ausencia”; “Agosto 2004, Don Porfirio Díaz, único presidente de México que supo llevar las riendas de un país con las obligaciones y responsabilidades que estas conllevan. Me siento orgullosa de ser su paisana. Le traje algo de México y espero que algún día pueda regresar allá. Rosa”; “15 de abril 2004, a un gran héroe mexicano, el mejor líder de México, Don Porfirio Díaz, Presidente. ¿Quién diría que el hombre que liberó a México del Imperio francés estaría descansando en París? Debemos llevarte a México a que descanses en tu patria. Rafael, ciudadano mexicano de Colima”; “Don Porfirio Díaz: Heme aquí en tu tumba una vez más, recordando mis raíces y sintiéndome orgulloso del gran país en el que tuve la fortuna de nacer: México”; “Querido Porfirio Díaz, General de las Fuerzas Armadas Mexicanas y Presidente. AUSENTE. Los papeles y tarjetas de al lado son de unos buenos amigos que dicen la verdad, muy buena labor la que hizo usted. Bueno, acuérdesse de nosotros ya que no nos va tan bien en México. Su querido amigo Braulio”.

En muchos de los mensajes se le reconocen sus logros de estadista: “En 30 años, durante el gobierno de don Porfirio ‘sólo’ se construyeron 21 mil kilómetros de ferrocarriles (hoy hay 21.100, 80 años después)”;

“4 de septiembre 2005. Don Porfirio. Aunque usted dejó de existir físicamente 50 años antes de mi nacimiento, lo admiro y respeto. Usted siempre estará presente en muchos mexicanos como lo está en mi corazón. He leído mucho de usted y recuerde, la historia la escribe el triunfador, México lo necesita ahora más que nunca. M. E. D. F.”;

“General Díaz: es más que un honor estar en tu tumba. Estamos agradecidos todos los mexicanos de su magnífico y heroico trabajo que hizo con México. Desde Monterrey venimos felices a visitarle. Jaime R.”;

“24 de junio 2003, Don Porfirio, las nuevas generaciones lo seguimos recordando, que Dios nuestro señor lo tenga en su gloria. Familia Ríos”;

“Don Porfirio: usted construyó México, la Revolución mexicana destruyó su obra, 26-08-01”;

“Ojalá un día pueda llegar a ayudar a México como usted mi general, lo hizo. Oward”;

“Con la admiración y respeto al fundador del México moderno. Aunque no reconocido por aquellos falsarios de la historia, México y los mexicanos conscientes le reconocen su legado”;

“Para bien y para mal, México te recuerda Don Porfirio, usted no es parte de la historia, usted es la historia misma, Katya H. 06/07/2001”.

MÉXICO LINDO Y QUERIDO, SI MUERO LEJOS DE TI...

Una cosa es morir, atravesar el umbral, cumplir con los ritos de pasaje y de conmemoración y otra la permanencia en una sepultura adecuada. Para muchos, no

basta la tierra de un camposanto, so pena de ver errar sin destino a un ánima deplorable. Es motivo de angustia muy mexicana la de no volver a la tierra que nos vio nacer. Para muestra, basta saber que casi la mitad de los recursos de protección jurídica del gobierno de México en sus 50 consulados repartidos en los Estados Unidos se destina a la repatriación de los cadáveres de compatriotas. Y los familiares los quieren completitos, no en cenizas. La materialidad es una parte fundamental del proceso del luto, si no hay difunto, no hay muerte, y los 43 desaparecidos de Ayotzinapa son un ejemplo de ello. Mientras no vuelva don Porfirio a México, quedará la duda sobre su eterno “descanse en paz”. Son muchos los mensajes al respecto por lo que debimos hacer una selección. “Don Porfirio: Con orgullo y admiración lo visito aquí en París. Sabemos muy claramente la gran trayectoria que usted tuvo en nuestro querido país, pero sobre todo el gran progreso que tuvimos, usted es un gran personaje de la historia de México y usted debe volver a su querida patria que dejó hacer muchos años. Esperamos verlo de regreso a México. ¡Ya hay mucho ruido! El gobierno de Oaxaca solicitó su traslado a su querido estado natal, ojalá pronto lo veamos allá. Un compañero de armas”;

“Qué lejos está la tierra que le vio nacer. Qué triste es tenerlo tan lejos, mas sin embargo tan cerca de nuestro pensamiento, la historia es una amante cruel y a usted le tocó”;

“Me voy pero no te dejo, te llevo conmigo a Oaxaca. Fernando”;

“Sr. Porfirio Díaz, en nombre de mi familia González le quiero decir que México lo recuerda siempre en las escuelas. En la historia mexicana fue el presidente más querido, la persona que quiso un México mejor. Le prometo una cosa, que si yo llego a ser presidente voy a venir por usted y a ponerlo en México donde toda la gente y todos los mexicanos lo tengamos cerca. Usted desde el cielo ayúdeme a ser también como usted. Ahora comprendo por qué le gusta París, tiene toda la razón. Tenemos un poco de París en México, Reforma, pero París tiene un pedazo muy grande de México que es usted Don Porfirio. Mi admiración y respeto. Att. Juan José”;

“25/2/04. General, Amigo mío tú sabes quién soy, y el porqué de mi carta. No sé quién la leerá, pero eso no importa, pues tú lees mientras escribo. Sólo te prometo que haremos todo lo posible por traer tus restos a México, al templo de la Virgen de la Soledad, en la ciudad de Oaxaca, no sé si realmente expresaste que ahí te llevaran, sin embargo lo averiguaré y haremos tus últimos deseos realidad. Un abrazo amigo mío. L.M.”;

“La grandeza de México se fue contigo. Esperemos que pronto regreses junto con sus restos. En Oaxaca se te quiere y se te extraña. Inti y Adriana”. Sí, esperan que su alma y sus restos vuelvan a México, nada de fragmentaciones... Sí, sin duda sería más fácil visitar al general en México que venir hasta Montparnasse a verlo.

A veces el asunto parece depender de las autoridades, poco comprensivas y malinformadas, pero también del propio Díaz, como si él se obstinara en no volver: "París 17 de agosto de 2003. Señor presidente, con todo respeto y humildad le pedimos que regrese a México de su exilio para salvar a la patria de todos los criminales que han usurpado el poder y saqueado las riquezas de la nación. Don Porfirio, ¡lo necesitamos! No desoiga nuestras suplicas. Gabriela". Y es que, como le dijo un compatriota a María Eugenia Díaz, el general desde allá arriba "¡las puede!". A San Judas Tadeo se le encomiendan los casos desesperados, a San Antonio se le voltea de cabeza y se le pide un novio, a don Porfirio se le pide una mejor nación. Porque México sigue en pos de paz, algunos anhelan su mano dura, su astucia política para negociar con los caciques estatales, su capacidad de impulsar el crecimiento económico.

Existe la ilusión de que si él volviera a México, la situación podría mejorar, o al menos este hecho hablaría de nuestra capacidad de perdonar. "¡Viva México! ¡Viva Oaxaca! Los hombres somos injustos por naturaleza. Pero hoy, 1ero de agosto de 2005, dos mexicanas de mente abierta te rendimos homenaje, por ser hombre de visión, de tenacidad y de carácter firme. La paradoja más grande es que estés enterrado en suelo francés, algún día posiblemente regreses a nuestra patria. Familia Colmenares". Convencidos de que don Porfirio escucha y lo ve todo: "Quisimos pasar a saludarle antes de hacer el viaje de regreso a México que tan injustamente usted aún no ha hecho. Reconocemos todo el bien que usted hizo por su amado México y elevamos una oración por su infinito descanso. Familia Cervantes, 2 de agosto 2004"; "don Porfirio, ese don le queda muy pequeño, ojalá regrese pronto a su patria de donde nunca debió haber salido. Juan".

LE DESEAN UNA BONITA VIDA ETERNA

Muchas otras notas dejadas al presidente son un verdadero destilado de candor: "Muy estimado Gral. Díaz: el señor de la tarjeta de al lado es mi tío. Ahora vengo yo a saludarlo y a felicitarlo por la gran labor que hizo en nuestro país, quisiera darle las gracias y desearle una bonita vida eterna, su fiel servidor. José R."; "Don Porfirio Díaz, te buscamos mucho pero te encontramos, esperamos que estés bien donde quiera que sea. Familia Arroyo, Ensenada 24-04-2005"; "Querido Don Porfirio: queremos desearle un grato descanso, familia Hernández"; "De un ciudadano mexicano a Don Porfirio Díaz me dirijo a usted sin saber en dónde se encuentre, sin conocer su estado actual, sólo le quiero comentar que lo admiro mucho, que los esfuerzos que usted hizo por el pueblo mexicano, pocos lo han hecho o ningun-

no, con esta carta expreso mi respeto y admiración, espero que Dios te tenga en nuestra Santa Gloria. Alejandro T., Guasave, Sinaloa, 10 de julio de 2001".

¿EN DÓNDE TE EQUIVOCASTE?

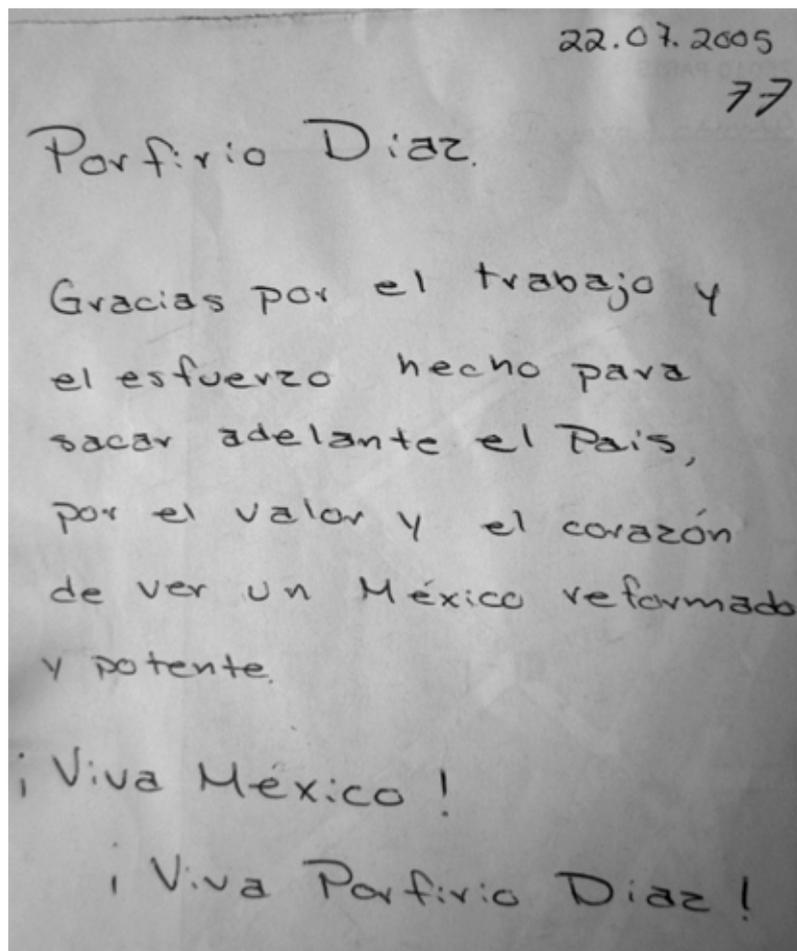
Algunos peregrinos intentan matizar el rol histórico del presidente, y sin justificarlo, procuran reconocer sus errores y sus aciertos. "Don Porfirio siempre representará lo mejor y lo peor de nuestro pueblo. Enrique"; "De Oaxaca a Montparnasse el camino ha sido largo. México ama a sus héroes, pero detesta a los dictadores. ¿En dónde te equivocaste, Porfirio? ¿Cómo dejaste de ser héroe? Hiciste correr a los franceses y viniste a quedar entre ellos. No estás solo: viejos héroes son ahora nuevos dictadores, ponen el pie en el cuello de mi gente, y sin embargo la milpa sigue jiloteando. Por esta época tiene ya un buen tamaño... R. Velasco, París 12 de julio 2002"; "Don Porfirio, hoy te vengo a saludar, hoy te vengo a conocer. He oído mucho de ti, me he interesado en ti. No sé si agradecerte o escupirte, lo cierto es que te admiro. Me entristece tu suerte, de que estés tan lejos de tu gente, siento que tu pena está pagada, y que es hora que vuelvas a casa. Quién lo hubiera pensado, estás en la casa de aquellos que invadieron la tuya ¡qué ironía! Antes de ver lo que esta ciudad tiene que ofrecer, te quise pasar a ver, eres lo primero que veo. Espero que algún día se te recuerde más por tus méritos y que no tengamos que venir hasta acá para visitarte. Gracias por arriesgar la vida por nosotros, gracias por ese ejemplo de valentía, gracias. ¡Viva México! y viva mi general Don Porfirio Díaz, aquel que tuvimos antes de la dictadura. Gabriel A. Tijuana, 23 años de edad"; "El Gral. Díaz fue sin embargo un hombre patriota si bien se amó mucho a sí mismo, amó mucho a su patria, y es ahora cuando la historia debe poner las cosas en su lugar, poner en la balanza a los personajes y reconciliar a la revolución justa y democrática con la dictadura del progreso del caudillo de la nación. Luis S. junio del 2004"; "21 de diciembre 2004, A Porfirio Díaz, contigo los ferrocarriles, ahora la venta de los tuyos, contigo la desigualdad de la pobreza pero también la creación y el engrandecimiento de un país. Contigo la vida de los tuyos y los olvidados. ¿Qué ha cambiado? Después de tu muerte, lo mismo. Te dejo un recordito, que los dioses aztecas te conduzcan por el sendero de la vida al sol de México porque aquí en París hace frío. J.C.P".

Algunos escriben largas cartas de varias páginas, verdaderos ensayos históricos, en las que reconocen su labor, su entrega a México, su lucha constante por mantener la paz en México. "Son discutibles los medios que Ud. utilizó pero es indiscutible que en un país marcado desde su nacimiento por el desorden, la anarquía y la

lucha entre hermanos por la disputa del poder, Ud. marcó una pausa, una etapa durante la cual el país se transformó en todos los órdenes y se pusieron los cimientos del desarrollo industrial, económico y educativo. En el terreno diplomático se afianzaron las relaciones internacionales, buscando un contrapeso y equilibrio ante las ambiciones y el poder de los Estados Unidos de América. Cumplido este objetivo era necesario seguir la evolución, no caer en la parálisis que desquicia y enerva. Bajo su mando México se paralizó a pesar de un aparente desarrollo y la presión social hizo explosión. Ojalá la experiencia que adquirió Ud. en el ejercicio del poder y el análisis y juicio sincero y honesto de sus aciertos y equivocaciones, aplicados a las actuales circunstancias, pudieran ser utilizadas por el gobierno actual, en beneficio del pueblo de México. Francisco N. Guanajuato, México”.

DEL HÉROE AL VILLANO

Pero, ¿acaso nadie le reclama nada? ¿Todos los mexicanos que vienen a visitarlo lo admiran y desean verlo volver a México? En general sí, nos afirma su bisnieta. El número de recados dejados en la tumba del presidente son positivos en el 99 por ciento de los casos. Pero algunos siguen viendo en él a un dictador cruel que dejó a su pueblo en la miseria, mientras los extranjeros saqueaban las riquezas nacionales. Díaz deja de ser el héroe del 2 de abril para encarnar al traidor, el villano sobre el que recae la responsabilidad de los muertos de la Revolución, la aniquilación social y gubernamental del país. Los mensajes dejan de ser una apología para convertirse en un vector de desahogo. “6-8-2004, Porfirio Díaz, nunca pensé que iba a tener chance de hacerle un comentario personal... El proceso de la construcción del estado es un proceso violento -en todo el mundo y en toda la historia. En México tú tuviste un papel particular en este proceso, robaste a millones de seres humanos. Que se chinge el Estado, que se chinge el capital, para un mundo libre y justo. Henrik”; “EGOISTA, VENDE PATRIAS, Francisco I. Madero estaba más preparado que tú para gobernar”; “25 de julio de 2004. ¿Qué ondas? ¿Cómo le va en el otro mundo? Su familia viene a visitarlo seguido ¿verdad? Por eso tiene tantos recados de que lo admiran y eso... Cuando la gente hace cosas buenas y malas de las que se acuerda todo el mundo es de las malas y con esto no lo justifico, por eso hay que hacer puras cosas buenas, para todos, no sólo para unos cuantos. Hay precios que se deben pagar cuando se tiene el poder. A mí me da igual si estás aquí”; “Don Porfirio, el pueblo de México le da las gracias por habernos chingado, tantos años lo extrañamos, gracias a usted y a la bola de jijos de la chingada que le siguieron



hay millones de mexicanos muriéndose de hambre. Exclusivamente venimos hasta aquí sólo para decirle que vaya y chingue a toda su reputisísima madre donde quiera que se encuentre”; “19 julio 2002, FALSO, ningún pueblo quiere, admira o respeta a un dictador que lo oprimió durante 36 años. Qué bien que te hayas muerto en otro país, porque así por lo menos nos libramos de tus gusanos y podredumbre ¡ojalá nunca regreses a México! No lo mereces. Ahí sólo caben Villa y Zapata ¡¡Viva Zapata!! ¡¡Viva Villa!! Una familia mexicana, zapatista por supuesto”; “Ladrón, México ni te quiere, ni te admira, ni te respeta. Que en el infierno te ahogues en el dinero que robaste al pueblo mexicano. Agosto 2004”; “Triste tu calavera Don Porfirio”; “Guadalajara, Jalisco, 25.07.04. A todos los mexicanos y familiares: Si es cierto que ayudó al progreso y al desarrollo industrial de México, también oprimió a los que trabajan la tierra y obstruyó el desarrollo del campo. No es el gran héroe, ni patriota, ¡¡hay que ser objetivos!! Beatriz”.

“PAPÁ GRANDE”

Para su numerosa descendencia, don Porfirio es más que un general, más que un presidente, es “papá grande”, motivo de orgullo, ejemplo a seguir. Abuelo protector y cariñoso que vela sobre su prole. Tata Cárdenas

fue, para muchos, el padre de la nación del siglo xx. Para algunos de sus admiradores Porfirio Díaz podría ser el padre del siglo xix. “Tengo un orgullo y a la vez un honor de visitar tu tumba. Soy tu tataranieta, mi padre te idolatra. Siempre te recordamos, cómo quisiéramos que vivieras para que pusieras orden en nuestro país. Sinceramente prefiero que te quedes aquí, porque en México siguen las cosas igual y sería injusto para ti”; “Queridísimo tatarabuelo: no sabes cómo nos gustaría verte en tu patria esperamos que sea pronto, si no de todas formas vendremos a verte (...) Desde el cielo cuida y protege a todos tus descendientes y sigue tratando de mantenernos unidos. 18 de agosto de 2003”; “París, 2 de abril 2004, Querido bisabuelo: qué mejor fecha para visitar tu tumba que el aniversario de tu triunfo en Puebla. Quiero decirte que me siento muy orgulloso de ser tu bisnieto y al mismo tiempo soy un admirador de tu lucha militar contra el imperio y tu labor al frente del gobierno. Por nuestra parte estamos haciendo lo posible para cumplir tu última voluntad de regresarte a Oaxaca y descanses en la Iglesia de la Soledad. No cabe duda que algún día cercano el pueblo de México reconocerá tus méritos como patriota y estadista”.

Si acaso don Porfirio hubiera trasmutado en un ánima en pena, llena de remordimientos, hoy ya estaría absuelta por cien años de rezos. Al general, vencedor de la temporalidad, afecto a la permanencia, le hubiera

gustado leer todo lo que los mexicanos le escriben semana a semana en el cementerio de Montparnasse. Él, que esperaba morir llevando en el fondo de su alma “una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas”, según lo expresó al renunciar al poder en mayo de 1911, sin duda se sorprendería de seguir siendo objeto de tanto interés. No somos ingratos, te reconocemos, parecen dejarle dicho a este patriota de otro siglo. En su aniversario luctuoso, más allá de los debates en torno a su persona y a su gobierno, más allá de los valiosos estudios sobre sus éxitos y sus fallos, en qué fue un caudillo y un padre para la Patria, y en qué un traidor, queda una tumba floreada.

Más allá de esta nueva ola revisionista que acertadamente pretende mirar a la historia desde todos sus ángulos y sin soslayo, más allá del mecanismo en el cual, como engranajes, un hecho precede o provoca otro, queda un eterno desterrado...

La mayoría de los mexicanos interesados en visitar la cripta del presidente antes o después de la Torre Eiffel parece decirnos que él, condenado o adulado, ha pagado ya su deuda y merece volver a su tierra.

Mis pasos me llevan de regreso a la entrada del cementerio. Me alejo mientras una pareja de tez morena se acerca al guardia y con timidez le pregunta: “¿Porfirio Díaz, *s'il vous plaît?*”. **U**



Tumba de Porfirio Díaz en el cementerio del Père Lachaise, París